

EL FARO

REVISTA QUINCENAL DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS Y MAGNÉTICOS

Todo efecto
reconoce una causa

Todo efecto inteligente
acusa una causa inteligente

Precios de suscripción

En Sevilla, UN REAL al mes.—Península, Ultramar y Extranjero, CUATRO REALES, trimestre adelantado.

SE PUBLICA

LOS DIAS 10 Y 25
DE CADA MES

Puntos de suscripción

En la dirección y administración,
Límones 10.

DERROTERO INFERNAL.

III.

Apuntes para un viaje al Infierno Católico.

Como este viaje es algo atrevido y riesgoso, he creído prudente, para dar una idea siquiera sobre el origen y naturaleza de los demonios y de los condenados, asesorarme de los mejores libros sagrados y biografías de santos, de donde he tomado todos los datos que me han servido para confeccionar esta especie de ensalada infernal, por lo que, desde luego, declaro: que en el fondo nada he agregado á lo dicho por los escritores ascéticos que mas se han distinguido en esta clase de estudios satánicos.

Ahora bien, como es poco menos que imposible, tratándose de un viaje al infierno, dejar de tropezar con algun diablo de los que andan en comision del servicio para tentar y pervertir á los hombres, bueno será principiar dando una idea de la naturaleza física y psicológica de esos míticos personajes, verdaderos comodines de la iglesia católica que tanto partido sabe sacar de sus imaginarias creaciones.

Los diablos, pues, son, segun la opinion de los canonistas, espíritus malévolos, oriundos de aquellos que, capitaneados por el invicto Lucifer, se dice que se revelaron contra Dios, al á en la época de las revoluciones celestiales, época remota por cierto y que desde luego me atrevo á calificar de anti-prehistórica, anti-paradisaica y hasta anti-verídica; pero que sin embargo los intérpretes de Dios, los que tan humildemente se llaman representantes de la verdad divina, eco del Espíritu Santo, y que se yo cuantas otras cosas mas; han descrito con todos sus pelos y señales, sin olvidar el menor detalle hijo de su fecunda inventiva infernal.

En cuanto á los condenados que se hallan actualmente en el infierno, parece natural que deberíamos considerarlos como simples espíritus desgraciados que, en su estado de desincarnacion, sufren las justas consecuencias de su mala vida pasada, desde que solo sus almas se dice que han bajado allí, quedando en la Tierra los cuerpos transformados tal vez en calabazas, fósforos, glóbulos rojos de sangre, ú otro compuesto cualquiera vegetal, mineral ó animal.

Sin embargo, muchos pastores de la iglesia católica no son de esta opinión, y aseguran que los condenados están dotados de cuerpo y alma, desmintiendo ¡habrá atrevimiento! desmintiendo, digo, el texto bíblico que dice: «Jesús descendió á los infiernos para sacar las almas justas que estaban esperando su santo advenimiento», cuyo texto, dicho sea de paso, es una prueba irrefutable de que las penas del infierno no son eternas, ó á lo menos no lo eran antes de ahora. Cuánto mejor hubiera sido que los escritores ascéticos que piensan de ese modo—sin duda por darse el placer de aumentar el suplicio de sus hermanos en desgracia—hubieran esperado hasta el día del juicio final para sentar como un hecho la corporeidad de los condenados, desde que sólo entonces tendrá lugar la resurrección de la carne, según los cánones de la iglesia católica á la que dichos escritores—con la mayor frescura y sin el menor empacho—dejan en la más ridícula vergüenza con semejantes aseveraciones.

Pero de cualquier modo que sea, allá va el programa del gran espectáculo que tendrá lugar el día del juicio final. Este día tan notable, apesar de no figurar en ninguna de las efemérides del mundo, se anunciará probablemente por carteles y con la debida anticipación, para dar tiempo á las almas de hacer sus indagaciones y pesquisas acerca de sus respectivos cuerpos, tanto mas si estos se hallan lejos del punto de reunión. Además dicen los libros, llamados sagrados, que se repartirán los ángeles por todo el mundo en busca de las cenizas de todos los hombres y las recogerán de cualquier lugar en que estén, y puestas en lugar competente que será regularmente donde hubiere mayor parte del cuerpo, se organizarán de nuevo los cuerpos. Organizados los cuerpos, ven-

drán todas las almas á reunirse cada una con el suyo, bajando las que estén en el cielo y subiendo las de los condenados que estén en el infierno. «El Purgatorio dará las suyas y otro tanto hará el Limbo.» Una vez que cada alma haya reconocido su cuerpo, se hará cargo de él para *in æternum*. Como sería preciso estendernos demasiado para entrar á demostrar las grandes aberraciones que entrañan estas ideas, preferimos no hacer comentarios.

Cada cual podrá juzgar fácilmente los apuros que deberá experimentar aquel día, para ir en busca de las moléculas de oxígeno, hidrógeno, carbono, etc., que en un tiempo formaron su cuerpo y despues entraron á constituir el vidrio de una ventana, el pétalo de una flor, la cola de una ballena ó el pico de un ruiseñor.

Sin embargo, quiero dar de barato que la integración de los cuerpos sea tan fácil como se pinta, y que se reúnan todos los elementos que en un tiempo constituyeron el sér viviente, y hasta que cada alma balle su cuerpo sin novedad. Mucho conceder es, pero no importa; hay cosas mas gordas de que ocuparnos. Sigamos adelante. Llegado, pues, el día del juicio, los escogidos de Dios, es decir, los buenos, resucitarán, según se dice, con un cuerpo perfecto, purificado y resplandeciente y los malos aparecerán con los cuerpos feos, diformes y achacosos, pintados de llamas y con los sambonitos de réprobos. Este cataclismo, verdadero trastorno de las leyes naturales, se verificará en el Valle de Josafat, y en un día fijo, que se anunciará á son de trompeta, tendrá lugar la aparta de los buenos y de los malos, previas ciertas terroíficas palabras en latín, para que no entendiéndolas los que no se hayan destruido en los Seminarios, pasen el susto, mas luego. «*Surgite, mortui, et ve-*

nite ad iudicium.» Hé ahí las célebres palabras aludidas y por si alguno de nuestros lectores *no ha tenido la desgracia* de ser seminarista, le diremos en confianza, que ese latinazo traducido literalmente dice: «Levantaos muertos y venid á juicio.»

Ahora bien, una vez que todo el mundo esté de pié, porque lo que es acostados no alcanzariamos á caber, no digo en el valle de Josafat, que es relativamente muy pequeño, sino en toda la superficie de la tierra, aun cuando supongamos que para eso día se haya secado el mar con tanto fuego como ha de preceder al juicio final; los buenos irán al cielo á gozar de la presencia de Dios y á estar *en completa inacción beatífica* —lo cual será para muchos un verdadero infierno dentro del cielo— y los malos irán *por toda la eternidad* al infierno, en virtud de otro latigazo, tambien en latín: „*Ite maledicti in ignem æternum.*“ Y lo peor del caso es, que los condenados ya no irán tan lijeros como en el primer viaje, sino cargados con sus respectivos cuerpos de carne y hueso, como cuando habitaron la tierra, quedando de nuevo sometidos á las penas eternas; pero no ya en espíritu, sino en cuerpo y alma, sin dudá para que sufran por partida doble. Hé aquí un nuevo rasgo de caridad católica.

Veamos ahora las reformas que, es de suponer, experimente el infierno católico despues del terrible día del juicio final. Por que no hay remedio, si los condenados han de sufrir sus condenas, como se dice, en cuerpo y alma, es claro que el infierno, antes del día de juicio, deberá refaccionarse considerablemente, agregándole sobre todo muchos mas departamentos, desde que ha de estar poblado de seres humanos dotados de los mismos miembros de carne y hueso que tuvieron en la época de su pecado, du-

rante el periodo de sus incarnaciones terrenales. Y soy de esta opinion, porque es probable que no sean pocos los confinados en aquella subterránea aunque luminosa morada, á juzgar por los muchos dominós negros y mascaritas de diferentes colores que pululan por este pícaro mundo.

En cuanto á la ubicacion ó situacion del infierno católico, hay distintas opiniones; unos lo colocan en el centro de la tierra, y otros suponen que está en la luna ó en algun cuerpo planetario de los muchos que nos rodean. Y ya que de opiniones se trata, yo tambien voy á dar la mia. Mi opinion á este respecto es, que no hay que buscar el infierno en otros planetas ni en el centro del que habitamos, desde que lo tenemos en su misma superficie y á nuestro alrededor, formando nosotros mismos el personal integro de los condenados. Pero como este dogma todavia no se ha deslindado bien en ningun Concilio, lo dejaremos sobre el tapete magistral de los Papas. Ahora es muy fácil resolver esta clase de cuestiones, y con el tiempo, lo que sea sonará. Mientras tanto, diremos algo sobre la topografía y naturaleza física del infierno católico.

El infierno católico, esté donde quiera, es, segun las descripciones dadas hasta aquí, que no son pocas, una mansion indescriptible, *por lo mucho que se ha descrito*, y la infinita variedad de sus estrambóticos y disparatados detalles; siendo lo único en que están acordes los escritores infernales, lo de considerar el infierno, bajo el punto de vista *sustancial* como un conjunto heterogéneo de elementos materiales en estado incandescente ó igneo-pastoso, predominando al parecer el elemento sulfúreo y el plomo derretido, sin que por eso falten allí otras sustancias en estado de ignición para llenar por completo las necesidades de la

cárcel eterna. Sobre este particular existen descripciones desmesuradamente estrafalarias que no nos atrevemos á trasladar al papel, aun cuando están autorizadas por escritores serios, al parecer, del gremio católico.

Por otra parte, seria preciso estenderse demasiado para hacer aunque fuera un ligero extracto de todo lo que se ha escrito sobre el infierno, así es que voy á limitarme á trascribir únicamente aquello menos horroroso y ofensivo á la razón. Es preciso no ser tirano con los sábios teólogos-infernales.

Segun un versículo de Márcos el evangelista, San Agustín creó que el fuego del infierno quema sin destruir los tejidos fibrosos de la carne, así es que aquel fuego á pesar de rodear los cuerpos, no los destruye. Primera maravilla, un fuego que siendo fuego no quema, ni ataca la materia animal que sin duda en el infierno se transforma en amianto.

Pero despues de todo, la opinion de San Agustín no deja de ser lógica, desde que por otra parte se asegura que los condenados no mueren nunca, ni desmayan, ni siquiera se asfixian, á pesar de sentir por todas partes el dolor que les produce el fuego en donde están sumergidos, sin que dicho fuego los consuma.

Segun la ingeniosa teoria del hijo de Santa Mónica, hasta es de suponer que cada vez estarán los condenados mas rollizos en virtud de los continuos esfuerzos y ejercicios gimnásticos que harán para evadirse de las llamas y sobre todo de las Fúrias, serpientes, dragones, viboras, y demás competidores con quienes tienen que vivir y luchar eternamente. Y todo esto bajo una temperatura tan ascesiva que no se concibe pirómetro alguno capaz, de apreciarla, has-

ta el extremo de que los cráteres del Stromboli y el Chimborazo, quizás pudieran servirles de lugar de refresco y placer al tratar de reponer sus fuerzas perdidas en una lucha tan descomunal.

En nuestros siguientes artículos daremos algunos detalles, aunque sea á la ligera, sobre las penas del infierno católico, porque al fin y al cabo es preciso hablar un poco de cada cosa, para que cuando lleguen allá los excomulgados suscritores de «El Faro» no se sorprendan á la vista de tantos horrores

Sevilla, Mayo de 1882.

R. C. B.

NUEVO RETO AL SEÑOR MANTEROLA
CON MOTIVO
DE SU ÚLTIMA CONFERENCIA
SOBRE ESPIRITISMO.

Verdaderamente que se confunden las ideas, se entorpece el pensar cubre nuestra imaginacion denso velo al considerar los erróneos conceptos y falsas ideas que el Sr. Manterola emite en su elegante decir, cuando se ocupa de la filosofia espiritista. Un conjunto de contradicciones es el arenisco pedestal de su edificio levantado con argumentos completamente falsos y de ninguna validez, coronando su fantástico palacio con una antorcha apagada para que la luz de su sabiduria no alumbrase al mundo.

Verdaderamente que estamos autorizados para pensar que el sábio doctor ha olvidado el Evangelio; Sr. Presbítero, ¿habeis olvidado aquel dicho de nuestro comun maestro, motejando á los que para sí guardaban la sabiduria? ¿Olvidais que Jesús dijo que la luz no alumbraba bajo del celamin? ¿Olvidais cuando en la plaza, en el templo, en el campo, en el mar, enseñaba al ignorante? ¿Olvidais cuando, niño aun, disenta en público con los doctores? No habeis leído seguramente las sublimes enseñanzas que encierra vuestro martirologio y las predicaciones de los verdaderos Apóstoles, no habeis pensado la soberbia propaganda

que el primitivo cristianismo hizo merced á sus públicas discusiones, no habeis medido el alcance que tuvieron las públicas disertaciones de tanto mártir y confesor, ó queréis más reformar lo que ni Jesús concebía, ó bien teneis un sutil oído y habeis distinguido allá en la bruma de los tiempos, los argentinos quejidos de una campana que os anuncia la ruina y desolacion como á la carcomida Jerusalem. Es cómodo por demás eso de perorar desde vuestra llamada cátedra del Espíritu Santo, allí donde sería castigado el que os interrumpiera, tergiversais los conceptos y el vulgo ignorante os cree.

En vuestra escuela seráfica, en esa academia donde fueis la dialéctica escolástica y la argucia de vuestra Teología, debírais para que tal Academia se llamara, para que fuera un verdadero centro de instruccion, admitir réplica y controversia con vuestros impugnadores, mayormente cuando inspirados vosotros por el Santo espíritu estais en posesion de la verdad absoluta y á tanto ser desdichado podríais arrancar de las garras del fiero Satan. La caridad evangélica que en todos vuestros actos refleja así lo ordena, por caridad hácia nosotros escarriadas ovejas debeis abrir un curso de controversia para sacarnos de nuestros errores por qué qué utilidad sacará la colectividad de una discusion privada entre dos sugetos á puerta cerrada? Jesús dijo á sus discipulos *id por el mundo todo y predicad mi evangelio*, no dijo decidlo á uno despues de otro, dijo sí, en las plazas, en las sinagogas, en el campo proclamad que el consolador ha venido y que el que se arrepienta tendrá un lugar allí junto á mi Padre. Vosotros Doctores y segun vuestro pensar Sucesores de aquellos apóstoles, debeis imitarles y públicamente discutir y exterminar el error, os lo pedimos seriamente y así, admitiendo vuestras enseñanzas de la vida de nítratumba, siendo vosotros los guías de la filosofía espiritista, discutida con vuestro saber, ganará no lo dudamos, el bello ideal de Jesús, la fraternidad universal.

Córdoba 9 Mayo 1882.

Adelaida P. de Solano.

Á LOS PROTESTANTES.

(Conclusion)

El hombre no tiene paz porque adore á Cristo ó á otro idolo cualquiera: tea-

drá paz si su conciencia no le acusa de haber causado la desgracia de nadie.

Por nuestra parte, como espiritistas, debemos contestar á la pregunta del Pastor luterano diciéndole: que ahora, creyendo firmemente en la existencia de Dios, adorándole en la naturaleza, separados por completo de todo acto religioso, respetando las religiones, creyéndolas necesarias y hasta indispensables para los *espíritus niños* que necesitan *andadores*, consagrados á un trabajo continuo, no pensando mas que en el progreso eterno del espíritu; ahora es cuando en nuestro corazon reina la paz, porque nunca habiamos trabajado con tanto ahinco en bien de la humanidad como lo hacemos ahora.

No son los espíritus los que le dan reposo á nuestra alma, es nuestro decidido empeño en progresar lo que nos hace vivir, si no felices, al menos resignados y tranquilos que es cuanto se puede desear en la tierra.

No hay religion en el mundo que impulse tanto al trabajo como el Espiritismo; por eso es una escuela verdaderamente moralizadora.

Muchos espiritistas han salido de las filas protestantes porque la iglesia anglicana prepara al espíritu para el adelanto, porque tiene mucho menos formalismo que la iglesia romana, y nosotros la conceptuamos como una escuela preparatoria para las almas pensadoras.

En ella encontramos una predicacion agradable, sus ceremonias revisten una digna gravedad; y si nuestro espíritu necesitara el culto de una religion, acudiríamos á la iglesia anglicana, porque es donde hemos encontrado menos formalismo y mas lógica.

No creemos, como el autor del folleto, que entre los protestantes y los espiritistas exista una divergencia total de ideas. En

la escala del progreso están los unos y los otros; los anglicanos están en el primer peldaño de la reforma religiosa; los espiritistas en el segundo, y las escuelas filosóficas que vayan naciendo en el trascurso de los siglos, irán ocupando los demás escalones, sin que ninguna pueda vanagloriarse de haber dicho la última palabra ni en ciencia ni en religion.

Amalia Domingo Soler.

SOBRE EL ATEISMO.

En religion lo mismo que en filosofía, siempre que la humanidad ha ido demasiado lejos en sus afirmaciones, exagerando los principios que defendía, de donde se echan las falsas consecuencias y hacen lo ilegítimas aplicaciones, ha surgido repentinamente, sin saber cómo, un movimiento antitético en las ideas, cuyo primer efecto ha sido imprimir á las antiguas una desviación notable en su camino, haciéndolas correr por nuevos cauces y empujándolas con más violencia hácia el progreso verdadero.

Este hecho, general en la historia, explica en nuestro concepto, y justifica, en cierto modo, el extraordinario desarrollo que en nuestra época ha adquirido esa triste filosofía que sólo se alimenta de negaciones, y mata las más nobles aspiraciones de la vida, ahogando nuestras esperanzas, atándonos al polvo de la tierra y poniendo un denso velo ante nuestros ojos para que no podamos elevar al cielo nuestras miradas.

En todos tiempos ha encontrado numerosos prosélitos el ateísmo; pero parece que estaba reservado á nuestra época presentarlo con notable aparato, y exponerlo científicamente en academias, libros, periódicos y hasta en el sagrado recinto donde se elaboran las leyes.

Habiendo hecho tantos y tan extraordinarios adelantos en todos los ramos de la actividad humana, únicamente en la esfera religiosa aparentamos burlar el progreso, y retroceder lastimosamente en vez de marchar siempre hácia adelante.

Sin embargo, el ateísmo de nuestro siglo no es tan temible como algunos han querido suponerlo. Las más veces, esta doctrina no se nos presen-

ta sino como una mala inteligencia, y otras, como un mote injurioso de que echan mano las sectas religiosas para desacreditar á los que atacan sus creencias, hacen alarde de ligera incredulidad, y afectan rendir culto á la razon y al libre pensamiento. Consideran unos, como ateos, á los que combaten la divinidad de Jesucristo; otros, á los que combaten la divinidad de Jesucristo; otros, á los que se burlan de los milagros y de la infalibilidad de los papas; y algunos arrojan este sangriento insulto al rostro de los que no profesan un culto determinado. Esta, y no otra es la causa de que hayan engrosado las filas del ateísmo, tantos nombres notables de nuestros días, con cuyos adelantos y con cuyo saber muy justamente se envanece el si todas las ciencias que caracterizan nuestra época.

Los teólogos son los que dan patentes de ortodoxos ó heréticos, y á ellos únicamente debe atribuirse el desarrollo creciente que tiene el ateísmo y su presentación casi oficial, como una de las formas de la ciencia moderna. Si ellos no hubieran asumido el exclusivo papel de mediadores entre Dios y los hombres, y hecho á Aquel hablar en lenguajes de sus pasiones y convirtiéndole en instrumento de sus miras ambiciosas y de su insaciable sed de dominio, no existirían hoy, de fijo, tantos ateos. Una exageración conduce á otra; y la falsa noción aprendida en nuestros primeros años sobre la Divinidad, ha arrastrado á algunos hombres hasta el extremo de creer mas conveniente la absoluta negación.

No les condenamos, porque la mayor parte de ellos son sinceros, y consideran preferible afirmar la ausencia de Dios en el Universo, á atribuirle como hacen algunos sectarios, cualidades incompatibles con su divina esencia. Lo mismo merecen el dictado de ateos, los que niegan la existencia de la primera causa que los que atrozmente la designan. ¿Qué importa que algunos se llamen deístas cuando en realidad son ciegos idólatras, que sólo adoran un Dios fabricado con sus propias manos?

El ateísmo, con todo su triste séquito, ha venido sin duda á cumplir una grande y necesaria misión. Como consecuencia de sus estériles negaciones, la noción de Dios se sublimará en nuestros espíritus su creencia echará mas hondos raíces en nuestros corazones, y acrecerá nuestro amor y nuestro respeto hácia El, á medida que el concep-

to que de su inefable naturaleza tengamos, sea más puro y más conforme con los eternos ideales de suprema bondad, verdad y belleza, que en todos nuestros cerebros están latentes. Una vez realizada esta aspiración, y cumplido el fin providencial que la historia le tiene asignado, el ateísmo desaparecerá, como todo lo que no tiene razén de ser, dejando, cual las tormentas, en pos de sí, ambientes más puros, cielos más serenos, horizontes más dilatados y mayor brillantez en la sublime obra de Dios.

«Dios, dice un ilustre escritor, (1) no es una vana hipótesis inventada por los sacerdotes para asustar las almas, sino una necesidad de la razón que busca las primeras causas; Dios es el Sér de toda realidad, el fin de toda actividad, el autor del mundo, el principio de la ciencia. Como no hay negación sin afirmación, partes sin todo, efecto sin causa, así no hay tampoco pensamiento, objeto ni conciencia sin Dios. Dios es la unidad de las cosas y constituye la unidad de la ciencia. No se trata de borrar de la conciencia humana la noción de Dios, sino al contrario de completarla y extenderla.»

«Bajo este punto de vista, sobre todo, es como yo combato la teología vulgar. No peccó esta por exceso, sino por falta de religiosidad. Le acuso de tener una noción muy estrecha de Dios, y no apruebo que excluya á Dios de la naturaleza, bajo la inspiración del ascetismo y del misticismo; le acuso además de sér la causa indirecta de la corriente de ateísmo, por donde atraviesa el mundo moderno. Nunca habria de Dios el espíritu humano, si la teología en vez de encerrarse en su infabilidad, hubiera seguido la marcha de los siglos, y desarrollado la ciencia de Dios en armonía con la ciencia del universo y de la humanidad, sucediendo á las religiones lo mismo que á las sociedades: cuando cesan de avanzar se corrompen y vienen á ser un obstáculo á la marcha de la civilización.»

Las notables palabras que dejamos trascritas prueban elocuentemente las afirmaciones que desde el principio hemos hecho. El ateísmo sólo dura mientras duren las falsas teologías, y estas no tardarán en desaparecer de la conciencia de los pueblos civilizados. La verdadera idea de Dios, la adquirirá poco á poco el hombre marchando hácia Él por la senda que le trae en la ciencia y la filoso-

fía. Las revelaciones con formas pasajeras que sólo le convienen á los pueblos en su infancia; llegados estos á su edad adulta, y pueden buscar á Dios por sí mismos, valiéndose de la esplendente luz que constituye el génio. Para conocer á Dios es preciso conocerle antes en sus obras; para adorarle es preciso que antes el universo se concienda é ilumine con la llama del amor un versal.

Dios es la suprema aspiración de nuestro espíritu; el centro hácia donde todos los mundos convergen y sólo despues de una lucha infinita con el mal y el error, y de un tiempo sin límites de progresos y pruebas llegáremos hasta el vestibulo del templo donde resplandee su inefable majestad. Antes, no; porque nuestra naturaleza no puede detenerse sin anquilosarse.

Nuestro deber es difundir por todas partes la luz; combatir el ateísmo haciendo ver que Dios no es la personificación quimérica que aquí desconoce ó niega, sino un Sér cuya grandeza lo resume todo, y cuya bondad excluye todas las imperfecciones que los desvarios de nuestros sacerdotes le han atribuido. Dios no se define; Dios no se comprende; pero Dios se siente.

Tan perjudicial como el ateísmo que niega su existencia, es que arrebatá sus atributos más esenciales: desconfiemos tanto del uno como del otro.

«Gentiles hay que á Dios tienen siempre en los labios; pero ¡qué Dios! Valdríales más haber delirado vacante el trono del universo, que inventar una divinidad hecha á su imagen, revistiéndola con todas las pasiones que afean al hombre. La venganza y la cólera se anidan en su pecho, venganza y cólera terribles, puesto que son divinas: castiga tras miles de generaciones, en inocentes hijos, los pecados de sus primeros progenteros; condena á una eternidad de sufrimientos, por cosas baladíes, á débiles criaturas que ella misma sacó de la nada; y que se dan á implorarle el dulce nombre de Padre! y distribuye su excelencia gloria entre un corto número de elegidos, dejando en espantos horrorosa á todos los demás seres que le aman y que por modos diversos invocan cada día su nombre venerable. ¿No es esto injurioso para la Divinidad? ¿No es este ateísmo que se niega? ¿No dicen los teólogos que siempre es preferible la ignorancia al error? Pues bien: el ateo nada sabe de Dios; él sólo desconoce su existencia; mientras que el teólogo, cegado por un orgullo insensato, inventa una vana ciencia que in-

(1) Estudios sobre Filosofía, por G. Tibergien.

título, *Tratado de Dios* ¿para qué? para atribuirle sus propios errores, infamarle con sus bajas pasiones y escudarse con su soberana autoridad.

Ante esta terrible faz del ateísmo práctico y positivo ¿qué deberán hacer los verdaderos deístas? Combatirlo con las mismas armas y con igual ardor que al otro; trabajar sin descanso para que, ni en nuestros tiempos, ni en los tiempos venideros, sean realizables los grandes crímenes, los enormes abusos que á los gritos de ¡Dios lo quiere! han cometido o los verdugos de las conciencias.

En esta noble lucha sostenida contra los falsos dioses y por el Dios verdadero, grande y bueno, Él iluminará nuestra razón para que lo conozcamos, é inflamará nuestro sentimiento para que lo amemos.

MISCELÁNEAS

Leemos en el *Secolo*, gaceta de Milan, en su número 5 748, correspondiente á la fecha, Sábado 15 de Abril próximo pasado.

„Anagni—*Cuanta Religión!*—En Anagni tuvo lugar una escena que verdaderamente no necesita comentarios.

En el momento en que salía de S. Agustín, la procesion del Santo Cristo (*Cristo Muerto*); por motivo de interés, dos sacerdotes vinieron á las manos.

Uno de ellos, sacando un cuchillo de debajo sus hábitos sacerdotales, asestó al otro un golpe, que, como frecuentemente sucede, fué á herir en la mano á una tercera persona que se interpuso para evitar la continuacion de la lucha, en la cual había ya tomado parte un sobrino de uno de los contendientes.

Figúrense Udes. el escándalo que allí hubo; parecía el fin del mundo.

Los *Carabinieri* (cuerpo que corresponde á nuestra Guardia civil), cumplieron su deber, prendiendo al agresor y llevándolo tal como se encontraba, con su traje de ceremonia, á las cárceles nacionales.

Nada más diremos, pues basta el hecho tal como lo refiere nuestro colega para demostrar con cuánto celo cumplen la Religión del Crucificado, algunos de los encargados de su custodia.

La señora doña Maria Teresa Folch, esposa de nuestro apreciable compañero D. José Amigó, director del periódico «El Buen Sentido», pasó á mejor vida el día ocho del corriente, celebrándose su entierro civil el día á las cinco de la tarde.

La autoridad eclesiástica prohibió el enterramiento en el cementerio, de los restos de nuestra apreciable hermana en creencias; pero el señor alcalde, sin prejuzgar la cuestión y fundándose en el contenido del oficio de señor vicario general, dió órden á los sepultureros municipales para que procedieran al enterramiento.

Acompañamos á nuestro querido amigo en su justo sentimiento y le deseamos la protección de los buenos espíritus. Su digna compañera, modelo de madres y esposas, después de tantos dolores sufridos con santa resignación, gozará de la dicha á que se ha hecho acreedora por tan legítimos títulos.

El día cinco de este mes desencarnó también el espíritu de doña Ana Campo, amable y virtuosa esposa de nuestro querido amigo y compañero don José María Fernandez, director de la revista de estudios psicológicos de Barcelona.

Más que nuestras palabras podrá prestar consuelo á nuestro querido amigo, el profundo convencimiento que de la doctrina espiritista tiene.

Suscricion á favor del libre pensador José Mas y Vila, condenado por los tribunales, por haber hablado contra la religion del Estado.

	Rs.	Cts.
Suma anterior.	352	00
Un espiritista	1	00
D. Telesforo Pernil.	4	00
Total.	357	00

Los donativos se reciben desde 25 céntimos de real en la Direccion de EL FARO, Limones, 10, todos los dias de 12 á 4 de la tarde.

Imp. G. Alvarez y Comp., Murillo 6 y 8.